

gro de su vida, las cosas mas justas. Su fama, en esta parte, ha ido tan lejos que el mismo rey de Persia, interrogando á los embajadores de Esparta, despues de haberles preguntado qué pueblo entre los Griegos tenia la mejor marina, pasó de repente á hablar de nuestro poeta, y preguntó cuál era el asunto actual de sus comedias satíricas, añadiendo que sus sarcasmos habian mejorado las costumbres de los Atenieses, y que si seguian sus consejos, triunfarian de todos sus enemigos. Por eso los Lacedemonios, al invitaros con la paz, establecen como primer artículo que se les devuelva á Egina, no porque crean esta isla muy importante, sino porque tomarian de ahí pretexto para arrebatáros á Aristófanes (1), reclamándole como su súbdito, en atencion á haber nacido allí. No permitáis; oh Atenieses! que se os prive del que os aconseja tan bien por la boca de sus actores. Él nos encarga de manifestaros que aun tiene muchos consejos útiles para vosotros y que os pondrán en estado de ser felices y florecientes. No os adulará, no os engañará; no comprará ninguno de vuestros votos; no os traerá entretenidos; no os alabará; sino que siempre os dará sin miedo el consejo que crea mejor. Cleon puede ensayar toda clase de intrigas contra él; á su favor están la justicia y el decoro; el derecho le acompaña.»

La comedia titulada *La Paz* se encamina mas directamente á aconsejar esta. Trigeo, campesino del Ática, tomando por caballo un escarabajo alado, sube con él al cielo para interrogar á los dioses sobre la fortuna que aguarda á la Grecia. Arriba encuentra á Mercurio, el cual le dice que los dioses, vistas las enemistades de los Griegos, se han retirado á las partes mas secretas del cielo, y que la guerra, despues de encerrar á la paz en una cueva, quiere majar las ciudades griegas en un mortero. Con este objeto envía á pedir una mano de mortero á los Lacedemonios y á los Atenieses; estos le mandan á Cleon, aquellos responden que Brasidas ha muerto, por lo cual la guerra se servirá al efecto de su propia mano. Trigeo reúne á los labradores, los cuales sacan á la paz de la cueva, con gran dolor de los fabricantes de escudos, yelmos, cimeras y demas armas que han cesado de ser necesarias, mientras que dan el parabien á Trigeo cuantos ganan con las artes de la paz, y él los convida á un banquete.

« ¡Oh venerable diosa! ¡paz respetable! ¡reina de los festines y de las bodas! acepta nuestras sagradas libaciones. ¡Oh preciosísima! no imites á las mujeres adúlteras, que, abriendo un poco su puerta, asoman apenas el rostro, y vuelven á cerrarla; operacion que repiten dos y tres veces, no dejándose ver sino á medias por aquellos á quienes no han citado. Tú ¡oh diosa! al contrario, muéstrate á nos-

(1) Aristófanes era magistrado en la isla de Egina.

otros enteramente, como cumple á una mujer honesta, recompensando de ese modo trece años de crueles tormentos. Pon fin, á los combates y tumultos, de manera que todos te apelliden destructora de la guerra; reprime nuestras sospechas temerarias, origen de tantas disputas inconsideradas y turbulentas; esparce sobre la Grecia el jugo de la antigua amistad reciproca; hazle gustar las dulzuras de una indulgencia mutua. Llena el mercado, público de cohombros de frutos de todas clases, de grandes sacos de trigo, de túnicas para los esclavos, y que nos traiga la Beocia gansos cebados, patos, palomas, tórtolas, y anguilas del lago Copáide en cestas, etc.»

Un objeto tan noble está, desde el principio hasta el fin, deslucido con palabras ó ideas cuales puede sugerirlas el caballo de Trigeo; como lo está igualmente con maneras y actos de lupanar la *Lisistrata*, que se dirige tambien á conciliar la paz. Lisistrata reúne á las mujeres en consejo, como se usa entre los hombres, y manifestando las molestias que les irroga el hallarse en guerra siempre sus maridos, propone que todas se conjuren á fin de no dejarlos que se acerquen á ellas mientras no se celebre la paz. Lisistrata ocupa con las mujeres de toda la Grecia la fortaleza de Atenas donde está el dinero, base esencial de la guerra, y que creen poder administrar mucho mejor que los hombres, y establecer el sosiego en todas partes. Los incidentes de estas mujeres para quienes es intolerable la viudez, y de los hombres que acuden á ellas con súplicas, son mas fáciles de imaginar que honestos de repetir, mayormente cuando Aristófanes lleva la representacion hasta la última obscenidad. Las mujeres se aprovechan de la lujuria de los esposos para inclinarlos á la paz, y vienen á pedir esta embajadores lacedemonios, inducidos á ello tambien por la abstinencia de sus mujeres. Lisistrata les concede audiencia, y una vez celebrada la paz en público, da un magnífico banquete, y cada mujer se vuelve con su marido.

Los chistes contra el bello sexo son continuos en esta comedia, lo mismo que en las *Arengadoras*; donde se propone hacer la parodia de una república ideal, imaginada por algun filósofo anterior á Platon. Se les ocurre á las mujeres de Atenas gobernar un Estado, y guiadas por Praxágoras, mientras están durmiendo sus maridos, salen de casa, se visten de hombres, se ponen las barbas y el calzado, toman el baston, y es una de las escenas mas animadas y graciosas la primera, en que se presentan todas estas mujeres con sus disfraces, refieren los varios motivos de la tardanza, consultan entre sí el modo de mostrarse elocuentes en la asamblea, se ejercitan en remedar á sus maridos, y por último se van al Pnix para ocupar los puestos y tener mayoría de votos en el consejo.

Sucede á esto la embarazosa situacion de los hombres, que, al despertar, no encontrando

junto á sí mujeres ni vestidos, se arreglan lo mejor que pueden con los trajes de aquellas: en la calle oyen decir que se ha reunido la asamblea, que en ella se han prodigado elogios excesivos á la virtud femenil, y que (única extravagancia no decretada hasta entónces en Atenas) se habia establecido que las mujeres administrasen la República en lugar de los hombres, y atendiesen al despacho de los negocios. Ellas, viendo que los Atenieses no rechazan las novedades por extrañas que sean, proponen la comunidad de bienes y de mujeres, y sostienen que no debe haber pobres y ricos, unos que posean mil hectáreas de tierra, y otros apenas la suficiente para su sepultura.

Decrétese, pues, por Praxágoras que todos aporten al fondo comun sus bienes, y que las mujeres sean del que las quiera; pero, á fin de que esto no ceda en perjuicio de las feas y las viejas, se dispone que ninguno pueda poseer á las hermosas sin haber estado antes con las otras. De aquí se originan graves tumultos y quejas, pues algunas feas, encontrando á un jóven que solicita á una muchacha linda, le citan á juicio para que cumpla con la ley. El resto de la comedia se reduce á poner á la vista los desórdenes que resultan de semejante comunidad.

Eurípides se habia mostrado siempre grande enemigo de las mujeres, y Aristófanes toma de ahí pié para lanzar contra él las *Tesmoforias*. Trátase en esta comedia de la acusacion que en la fiesta de las Tesmoforias, celebrada solo por mujeres, formulan estas contra Eurípides. El trágico busca en vano un abogado entre aquellas mujeres; de consiguiente pide auxilio á Agaton, el peor y mas afeminado de los poetas, y muy amigo de Eurípides; pero hallándole sordo á sus ruegos, persuade á su pariente Mnesiloco á que se vista de mujer y perore en su favor. Así lo ejecuta, y para excusar á Eurípides de que eligiese siempre por protagonista de sus tragedias alguna mujer perversa, como Clitemnestra ó Pirra, enumera muchas otras maldades femeniles no divulgadas por el trágico. Finalmente, las mujeres descubren que el abogado de Eurípides es un hombre, y se disponen á hacer que lo pase mal, cuando Mnesiloco, arrebatando un niño del seno de una de ellas, protesta que vengará en la criatura el daño que se le cause. Pero resulta que el tal niño no es sino un odre lleno de vino, y Mnesiloco es atado para conducirlo á los Pritanos. Entónces Eurípides, sabedor del peligro que corre su pariente, acude á salvarle y se disfraza de mil maneras, lo cual da ocasion á Aristófanes de parodiar las tragedias de Eurípides, mostrándose no ménos agudo que cruel.

En las *Avispas* censura la manía que tenian los Atenieses de juzgar: vicio demasiado especial y que el poeta exagera. El Ateniese Filocleon está de continuo en el tribunal, y su

hijo Bdelicleon, á quien esto trae disgustado, deseando quitarle de la cabeza tal locura, le encierra en casa y le circunda de redes. Los jueces, compañeros del pobre preso, acuden en forma de avispas para llevarse. No lo consiguen, como tampoco consigue el hijo persuadir á su padre que los juicios no son un asunto de grande importancia y que no participa el juez en cierto modo de la autoridad soberana. Así, pues, con objeto de que Filocleon desahogase en casa su manía jurídica, Bdelicleon le presenta dos perros, cuyo delito, consistente en el robo de un queso, debe aquel juzgar segun las formas establecidas. Al fin del drama, el viejo, oyendo que le llaman á cenar, se propasa á usar de injurias; pero una criada le cita á juicio con tal motivo: entónces él se pone á cantar y bailar, excita la risa de los espectadores, y todo concluye alegremente.

Las avispas forman el coro, y dicen: « Antes éramos atrevidos en las danzas y valientes en la guerra, y á causa de tal vigor grandes batalladores; pero pasó aquel tiempo, y nuestros cabellos tienen la blancura del cisne. Las horas que nos restan, sostengámoslas con la energía de la juventud.

» Si algun espectador, que me conozca, se admira de que yo haya adoptado la figura de avispa, quiero que sepa lo que significa este aguijon. Nosotros somos Áticos, noble, antigua y esforzadísima nacion, que en el combate ayudó tanto á esta ciudad, cuando el temerario Jérfes vino á reducirla á ruinas, y trató de apoderarse á viva fuerza de nuestras celdillas abundantes en cera. Al momento y con veloz carrera tomamos escudo y lanza, é intimamos la batalla no bien hubimos libado el tomillo iracundo. Peleaban hombre contra hombre, y fué tal la nube de saetas que casi no se veía el cielo. Sin embargo, con el socorro de los dioses, el enemigo fué rechazado al anechar: el murciélago se habia lanzado á la batalla; nosotros le seguimos, nos introdujimos en todas partes, y los Bárbaros, no pudiendo soportar nuestras punzadas en las mejillas y en los párpados, huyeron: entre ellos nada se considera hasta hoy mas fuerte y terrible que la avispa ática. Entónces me porté como hombre valiente, impávido en el peligro, y ahuyenté al enemigo, persiguiéndole y navegando en las triremes. Nuestro ingenio no estaba en aquella época ocupado en buscar melosas palabras y en zurzir mentiras, sino que cada cual pensaba en cumplir con su deber....

» Ahora el que nos examine bien verá que nuestra vida se parece mucho á la de las avispas. Ningun otro animal, en mi sentir, es mas cruel y molesto con las personas que le irritan. Las avispas acostumbran hacer lo mismo que nosotros. Tambien nosotros elegimos los panales, no ménos que los enjambres; algunos tomamos asiento al lado del arconte, otros

entre los undecenviros (1), quién expone sus litigios en el Odeon; quien se agacha y encorva junto á las murallas ó se tiende en el suelo á modo de gusano, moviéndose en los alvéolos, etc. »

Tan poco variada y tan fria como es la comedia de las *Avispas*, otro tanto abunda en magnificencia y animacion la de las *Aves*, que, segun la opinion de algunos criticos, ocultaba una continua alegoría; pero que, en nuestro dictámen, tuvo por fin único divertir y satisfacer un capricho, aun sin la persistente unidad de objeto que se advierte en las otras.

Pistetero y Euélpis, ancianos de Atenas, viéndose perseguidos por la calumnia en su patria, determinan huir á otras comarcas y dirigirse á Tereo, convertido en ave, para preguntarle qué ciudad será mas á propósito para fijar en ella su residencia. Compran dos cornejas, las cuales les enseñan el camino. « Al paso que otros que no son ciudadanos quieren introducirse en la ciudad, nosotros que pertenecemos á una tribu y raza ilustre, ciudadanos entre los ciudadanos, sin que nadie nos haya expulsado de ella, dejamos precipitadamente nuestra patria. Lo cual no quiere decir que la aborrezcamos; ni que, por demasiada escasez de riquezas, rehusemos contribuir con nuestra parte al fondo comun, sino porque en Atenas se pleitea y pleiteará siempre. La cigarra canta uno ó dos meses en las ramas de los árboles; pero los Atenienses pasan toda su vida sumergidos en ruinosos litigios. »

Ya en la ciudad de las aves, estas no quieren recibir á ningun hombre, recordando los agravios que de ellos tienen recibidos; pero informadas de la utilidad que pudieran reportarles, los acogen. Fabrican allí, pues, una nueva ciudad, llamada Nefelococigia; é inmediatamente huéspedes de todas clases desean fijarse en ella, sacerdotes, legisladores, abogados, adivinos, geómetras; en suma, todos los que agitan á Atenas ofrecen sus servicios; pero son rechazados. Calcúlese si el autor atacará á cada paso la ciudad terrestre al constituir la ciudad aérea, cuando ni aun á los dioses perdona. Pues así como los hombres imaginaron númenes á su semejanza, las aves los forman á la suya; y á fin de que ni aun el olor de las ofrendas suba á las antiguas deidades, rodean el Olimpo con un muro. Las deidades, reducidas á morir de hambre, envían á las aves una embajada compuesta de Hércules hambriento, Neptuno y un dios de Tracia que habla un dialecto rústico, y obligados por la necesidad, acceden á todas las pretensiones, y el dominio del mundo es abandonado á las aves.

PISTETERO. Primeramente he de decir que no conviene que haya mas que una ciudad para las aves, y luego que todo su circuito y todo el espacio de aire del interior es preciso que tenga,

(1) Magistrado, á quien estaba reservado el juzgar los litigios, y guardar á los sentenciados.

como Babilonia, una muralla de ladrillo y argamasa.

AVES. ¡Oh Cebrion! ¡Oh Porfirion (1)! ¡qué ciudad tan tremenda!

PIST. En cuanto las hayáis elevado, intimad á Júpiter que os devuelva el imperio que usurpó á vuestros mayores; y si se resiste, declaradle la guerra, prohibiendo al mismo tiempo á los demas dioses que atraviesen de un modo obsceno vuestra region para ir á cometer adulterio con Alcmena, Alope y Sémele, so pena de ser marcados en el sitio mas sensible. En seguida enviaréis otro correo á los hombres para que reconozcan la legitimidad de vuestro imperio del aire, y os tributen los honores que tributan á los dioses.

AVES. Pero ¿si Júpiter irritado hiciese volar el rayo sobre nuestras cabezas?

PIST. Si los hombres por ignorancia creyesen que nada valéis y que son dioses los que habitan en el Olimpo, les mandaréis un escuadron de gorriones que se coman el trigo de sus campos; y cuando tengan hambre, que les dé Ceres de comer. Además, los cuervos sacarán los ojos á sus ovejas y á los bueyes con que trabajan, y entónces Apolo, pues que es médico, se encargará de curarlos.

EUÉLPIS. Antes que eso suceda, venderé mi par de bueyes.

PIST. Si al contrario los hombres os adoran, y reemplazáis para ellos á Saturno, á Rea, á Neptuno, debéis colmarlos de bienes.

AVES. Enuméranos algunos de esos bienes.

PIST. Primeramente, la langosta no se comerá sus uvas, pues que irá un escuadron de mochuelos á dispersarla; ni los mosquitos y gusanos echarán á perder sus higueras, pues una bandada de tordos los destruirá.

AVES. Pero ¿dónde encontraremos para ellos riquezas? No ignoras que ese es tu mayor deseo.

PIST. Cuando las quieran que acudan en consulta á las aves, y estas les descubrirán las minas donde están los metales y les darán augurios infalibles, tanto que en lo porvenir no perecerá ningun navegante.

AVES. ¿Cómo podrá ser eso?

PIST. Un ave guiará á los que vayan á consultarle por medio de respuestas siempre seguras, diciéndoles: *No os déis ahora á la vela; ó bien: Embarcaos, porque haréis fortuna.*

EUÉLPIS. ¡Perfectamente! En ese caso me dedicaré á la navegacion; no apetezco otro oficio.

PIST. Las aves indicarán tambien el sitio donde se encuentran los tesoros ocultos, pues ellas saben todas estas cosas, y los avaros suelen decir: — Nadie tiene conocimiento del punto donde está mi tesoro, á no ser algun ave.

De este modo la rica imaginacion de Aristó-

(1) Nombres de aves, y tambien de dos gigantes que escalaron el Olimpo.

fanes se sirve de creencias, malos agüeros, proverbios, todo, y hasta forma una cosmogonía, segun la cual el mundo sale del acostumbrado huevo, y por lo tanto procede de las aves. Graciosa es la escena en que Pistetero sorprende á Iris que quiere pasar á la tierra.

PIST. ¡Alto ahí! ¿Hacia dónde vuelas? ¡Detente, detente! ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

IRIS. Del imperio de los dioses del Olimpo.

PIST. ¿Cuál es tu nombre? ¿Galera ó gón-dola?

IRIS. Soy Iris, la veloz Iris.

PIST. ¿Vienes de Salamina ó de las riveras del Ática?

IRIS. ¿Qué es lo que dices?

PIST. ¿No habrá algun sacre, algun buitro que se apodere de esta espía?

IRIS. ¡Apoderarse de mí! No habia visto hasta hoy tal irreverencia para con los dioses.

PIST. ¿Por qué puerta has osado introducirte en la ciudad?

IRIS. No sé de ninguna puerta.

PIST. Se burla de nosotros. ¿Te presentaste á las cornejas comisarias? Responde. ¿Tu pasaporte está visado por las cigüeñas?

IRIS. ¿Qué significa todo eso?

PIST. ¡Cómo! ¿no lo está?

IRIS. Deliras de seguro.

PIST. ¿Ningun cabo de escuadra de las aves te ha acompañado, y hecho la señal?

IRIS. Ninguno, necio.

PIST. ¿Y así te atreves á penetrar en una ciudad extranjera, sin hablar palabra?

IRIS. Dime, ¿y por qué otro camino han de pasar los dioses?

PIST. No lo sé, pero si sé que no ha de ser por este. Y aun ahora nos insultas; pues bien, sabe que tú, la única de las Iris detenida, en virtud del derecho soberano que nos asiste, podrías ser condenada á muerte.

IRIS. ¿A muerte? Pero si soy inmortal.

PIST. Sin embargo, morirías. ¡Qué oprobio para nosotros si, cuando nuestro poder se extiende por todo el mundo, los dioses continuaran como en los tiempos pasados, observando una conducta obscena y despreciando todos los deberes! Necesario es que comprendan les ha llegado su turno de obedecer y de acatarnos, como mas poderosos que ellos. Habla, pues, y respóndeme, ¿Dónde te llevan las alas?

IRIS. ¿A mí? Me envía Júpiter á los hombres para indicarles que sacrifiquen á los dioses del Olimpo, que maten corderos en los altares destinados á inmolar los bueyes, y que llenen de grasa las encrucijadas.

PIST. ¿Qué dices? ¿A qué dioses han de sacrificar?

IRIS. ¿A qué dioses? Á todos los que habitan el Olimpo.

PIST. ¿Y vosotros os creéis dioses?

IRIS. ¿Conocéis otros, por ventura?

PIST. Las aves son actualmente los dioses

que los hombres adoran, y á ellas debe ceder Júpiter sus altares.

IRIS. ¿Qué te atreves á proferir? ¡Temerario! Guárdate de atraer sobre tí su cólera, no sea que Júpiter con su pesada segur destruya toda tu raza, y que su rayo con sus saetas licinias (1) reduzca á cenizas tu cuerpo y tu casa.

PIST. Escucha. Deja esa hinchazon trágica, y responde. ¿Por quién me has tomado? ¿Crees aterrar con esas palabras á un Lidio ó á un Frigio? ¿No sabes que á poco que Júpiter me irrite, quemará con las águilas incendiarias su palacio olimpico, las murallas de Anfio, etc.?

En las *Ramas* ataca mas directamente á Eurípides, ó sea el mal gusto en poesía, cuyo tipo, en concepto de Aristófanes, era aquel famoso trágico, como Sócrates el de los sofistas. Baco, lleno de temor y deseoso de ocultarlo, dice que quiere ir al infierno para encontrar allí algun gran poeta, ya que la muerte de Eurípides ha dejado vacío el mundo.

BACO. Tal es, pues, el ardiente deseo, la necesidad que siento de volver á ver al gran trágico Eurípides, aunque no se cuenta ya en el número de los vivos, y para conducirlo de nuevo á la tierra, he decidido bajar á los infiernos.

HÉRCULES. ¿A los infernos?

BACO. Con tal de verle, iria mas lejos aun.

HÉRCULES. ¿Y qué mira llevas en eso?

BACO. Necesito de un buen poeta, y los pocos que existen no valen un ardite.

HÉRCULES. ¿Qué estás diciendo? ¿No vive todavía Jofon?

BACO. Es el único bien que nos queda, si con todo es un bien; pero no soy yo quien deba hablar de él (2)...

HÉRCULES. ¿Y otros tantos jovencitos, que circulan por esta ciudad, que son muchos mas de diez mil, y escriben tragedias?

BACO. No son mas que unos vestidos de desecho (3) y unos baladrones. Tú aludes á los chicuelos que aborta nuestra Ática, mas fecundos que Eurípides en estériles charlatanerías; infelices vástagos cuyo tronco ha muerto; golondrinas del arte que se contentan con zumbar neciamente; gusanos que roen con demasiada frecuencia la escena trágica; bastardos de Melpómene que á vueltas de uno ó dos coros regulares nos embocan cinco mortales actos. Pero un poeta, un verdadero talento, cuyos versos están llenos de savia, no le encontrarás por mas que te canses en buscarle.

HÉRCULES. Sepamos lo que entiendes por ese verdadero talento.

BACO. Entiendo el que es capaz de producir pensamientos vigorosos y atrevidos, como

(1) Alusion al *Licinio* de Eurípides, en el cual se veía una nave fulminada por Júpiter.

(2) Se dudaba que las tragedias, que hacía representar, fuesen hechas por Sófocles, su padre.

(3) Literalmente *racimos dejados*, esto es, que no reparan los vendimiadores en dejar de coger, por lo poco que valen.

este: « El Eter, ese trono donde se sienta Júpiter, ese escabel del Tiempo » ó bien: « Fui obligada; pero, cuando mi boca juró, mi corazón permaneció mudo (1). »

HÉRCULES. ¿Te agradan de veras esos primos?

BACO. ¡Que si me agradan! Deliro por ellos.

HÉRCULES. Y sin embargo, tú mismo conoces que no son mas que palabrería.

Encamínase, pues, Baco al reino de las tinieblas, no sin dar buenos mordiscos á los dioses, á los misterios, á los iniciados, á las creídas penas del Averno. Mientras que atraviesa la Laguna Estigia en la barca de Caronte, forman coro las ranas, de las cuales recibe el nombre esta comedia. Habiendo salido á la otra orilla y encontrado al esclavo, á quien á causa de su condicion de tal no quiso Caronte recibir en su barca, ve el coro de los iniciados que celebran á Ceres y á Baco, y cantan alternativamente himnos, de los cuales mencionaré la conclusion, donde se dice: « La claridad benéfica del sol luce tambien en la mansion de las sombras, pero únicamente para los iniciados, porque su vida ha estado dedicada á la práctica de la virtud, y no han hecho nunca daño á sus compatriotas, ni faltado á la hospitalidad con los extranjeros.

El dios Baco, extremadamente miedoso, los demas del Averno, y los muertos y sus jueces, son objeto de continuas burlas. Despues de detenerse en varias escenas episódicas, al fin Baco anuncia el litigio promovido entre los dos trágicos.

BACO. Esquilo y Eurípides disputan con calor.

HANTIAS. ¿Qué me dices?

BACO. Una grande disension se ha suscitado recientemente en los infiernos.

HANTIAS. ¿Con qué motivo?

BACO. Se ha promulgado aquí una ley, disponiendo que el que exceda en mucho á sus competidores en el ejercicio de las artes nobles y liberales, será mantenido en el Pritaneo infernal y se sentará al lado de Pluton...

HANTIAS. Entiendo.

BACO. Hasta que se presente otro, el cual, sobrepujando á este primer vencedor, le obligue á cederle el puesto.

HANTIAS. Siendo así, ¿cómo no ocupa ese puesto Esquilo?

BACO. Lo ha ocupado, y su posesion se tenia por justa, y á él por el poeta mas insigne en su arte.

HANTIAS. ¿Y quién le reemplaza hoy?

BACO. Apenas Eurípides hubo bajado entre nosotros, cuando trató de conciliarse la voluntad de los rateros, asesinos, agujereadores de paredes y parricidas, gente muy numerosa en el infierno. No bien estos oyeron sus cantos, sus estrofas, sus contradicciones, experimenta-

(4) Hace en cierto modo una parodia de Eurípides.

ron un entusiasmo que rayó en delirio, y á una voz le han proclamando el mas hábil de los poetas trágicos. En consecuencia de lo cual, Eurípides se ha sentado en el trono que ocupaba ántes Esquilo.

HANTIAS. ¿Y nadie ha acudido á arrojar de ese puesto al usurpador?

BACO. Nadie. Pero la asamblea del pueblo ha creído conveniente que Esquilo y Eurípides se presentasen en público certámen.

HANTIAS. Eurípides es un hombre astuto.

BACO. ¡Por Júpiter! de los mas astutos que conozco.

HANTIAS. ¿Y no ha habido quien tome la defensa de Esquilo?

BACO. ¡Hay aquí tan pocas personas honradas! Sucede como entre vosotros (1).

HANTIAS. ¿Y Pluton qué ha resuelto?

BACO. Que se verifique el certámen, para decidir cuál de los dos vale mas.

HANTIAS. Pero ¿cómo es que Sófoles no trató de desbancar á Esquilo?

BACO. ¿Sófoles? Se ha guardado bien de intentarlo. Apenas llegó aquí, corrió á abrazar á Esquilo, y á estrechar su mano. Esquilo, á su vez, bajó de su puesto y se empeñó inútilmente en hacerle subir. Vas á verle, pues asistirá, me lo ha dicho Clidémides (2), al certámen, y piensa no moverse si triunfa Esquilo; pero en caso contrario disputará la palma á Eurípides.

HANTIAS. Va á ser una memorable contienda.

BACO. Sin duda, grave é importante, pues el talento de los dos rivales se va á sujetar á la balanza.

HANTIAS. ¿Cómo? ¿Se va á pesar cada una de sus tragedias por libras y por onzas?

BACO. Se va á proceder á una cosa mas extraordinaria todavía. Se traerán varas, piés, medidas cuadradas, reglas diametrales y diagonales, para ver si sus versos se ajustan á ellas, y si falta ó sobra algo, pues Eurípides se jacta de que todas sus tragedias tienen la medida exacta y precisa.

HANTIAS. Eso debe molestar en extremo á Esquilo.

BACO. Así está pensativo, y con los ojos clavados en tierra, como un toro de mal talante.

HANTIAS. ¿Y quién será el juez?

BACO. Dificil era encontrarle, pues aquí escasean los inteligentes. Por otra parte, preciso es convenir en que el genio de Esquilo excedía á la compresion de los Atenienses.

HANTIAS. Ha debido, por ejemplo, parecerle un poco duro que le juzgasen los bandidos y parricidas de que me habéis hablado hace poco.

BACO. La razon en que se funda para rechazar el arbitramento de los Atenienses, es

(1) Esto es, en el teatro, entre los muchos concurrentes.
(2) Segun algunos, era Clidémides un hijo de Sófoles; segun otros un autor dramático. Sófoles estaba dispuesto á salir á la palestra despues de Eurípides, en caso de verse vencido este.

que los cree demasiado frívolos y por lo tanto incapaces de juzgar como se debe acerca del mérito de un poema. Últimamente, se ha decidido que el juez sea tu amo, pues no puede negarse la inteligencia de Baco en la dramática. Pero démonos prisa á entrar, no sea que nuestras espaldas se resientan de lo que hayamos hecho aguardar á nuestros amos.

CORO. Esquilo, ese poeta de estilo tempestuoso, va á irritarse de un modo extraordinario al oír el zumbido trágico de su rival, que aguza ahora sus dientes para morderle. Se me figura contemplarle, agitado al mismo tiempo de resentimiento y de furor poético, dirigiendo acá y allá sus miradas. Una terrible lucha va á empezar: por una parte, discursos graves, palabras que dan en el blanco; por la otra, grandes bagatelas sonoras, cuya volubilidad igualará la de una rueda puesta en movimiento; centones aislados de máximas sutiles, producto de un entendimiento meditabundo y melancólico; en fin, prosa disfrazada de poesía. Entónces la áspera cabellera de Esquilo se eriza; sacude su cabeza como amenazando; frunce sus grandes cejas; los circunstántes creen oír el rugido de un leon; su soplo se parece á la erupcion de un volcan. ¿Qué le opondrá su rival? Sonidos sin consistencia; palabras ligeras artísticamente dichas; lengua sin pelos (1) y de una volubilidad infatigable, á la cual nada cuesta responder en verso; una gran sutileza para sembrar rasgos odiosos que la envidia, de que está dominado, no puede contener; en fin, una increíble é inútil fatiga de pulmones.

EURÍPIDES, BACO, ESQUILO.

EURÍP. Tus consejos son inútiles. Estoy decidido á no abandonar el puesto, por la persuasion que tengo de que Esquilo es ménos hábil que yo.

BACO. Mi querido Esquilo, ¿callas? ¿No has oído lo que acaba de decir?

EURÍP. Déjale inflarse ahora de orgullo, y luego prorumpir en algun grande extravío, como acostumbra en todas sus tragedias.

BACO. ¡Oh! no apruebo eso. Mi querido Esquilo, grande artista de la escena, cuidado con esos extravíos demasiado sublimes.

EURÍP. Le conozco perfectamente; conozco á fondo á mi Esquilo, como que no he esperado al dia de hoy para estudiarle. ¿Qué viene á ser Esquilo? Un poeta salvaje, y cuya lectura es propia para convertir en salvajes á los demas: un maldiciente; una lengua desenfrenada; un charlatan sempiterno; una boca llena de palabras fútiles, ampulosas, retumbantes.

ESQUILO. Te conozco en esos ultrajes, ¡sí, por el hijo de la diosa de los campos! ¡Te co-

(1) Es decir, la de Eurípides. Tambien nosotros decimos que no tiene pelos en la lengua, cuando se trata de alguno que habla paladinamente, y nada calla de cuanto sabe sobre alguno, desentendiéndose de todo respeto.

nozco perfectamente, declamador vano! ¡forjador de mentiras! ¡poeta de miserables (1)! ¡introduccion de andrajos en la escena trágica! ¡Y te atreves á dirigirme esas imputaciones! Te aseguro que te quitaré pronto las ganas de reír.

BACO. Cálmate, mi querido Esquilo; no te dejes arrebatar de la cólera.

ESQUILO. Yo le apaciguaré, cuando pruebe que él es el primero que ha presentado cojos en la tragedia.

BACO. Esclavos, traedme pronto una oveja negra, para conjurar la tempestad de palabras que se está formando en este momento (2).

ESQUILO. ¿Negarás que has atestado la escena de argumentos tomados de la mitología monótona y fastidiosa de los Cretenses, y con nupcias profanas y criminales?

BACO. ¡Refrénate, venerabilísimo Esquilo! Y tú, pobre Eurípides, si eres prudente, ocúltate; huye de su vista, no sea que, arrastrado de la cólera, lance contra ti una palabra capaz de abrirte el cráneo y hacer salir de él tu Telefo (3). Mi querido Esquilo, reprime el furor, y conténtate con refutar tranquilamente á tu antagonista. ¿Conviene á poetas de mérito injuriarse como si fuesen panaderas? Pues que es preciso decírtelo, sabe que tienes la voz áspera y que en la disputa produces el efecto de la encina en el fuego.

EURÍP. Estoy pronto, cuando se quiera, á dar la primera dentellada, pues que, segun veo, Esquilo no principiará el combate. Pretendo atacar en sus tragedias y que él ataque en las mias, el número la medida y el vigor. ¡Sí, por Júpiter; someto á esta prueba mi Peleo, mi Eolo, mi Meleagro, y hasta mi Telefo!

BACO. ¿Cuál es tu resolucion, Esquilo, en vista de semejante reto?

ESQUILO. Á la verdad, no hubiera querido empeñar la lucha con ese, pues el partido no es igual.

BACO. ¿Por qué?

ESQUILO. Porque al morir yo, no he sepultado conmigo la escena trágica: al paso que Eurípides puede jactarse de que el arte dramático le ha acompañado al sepulcro; cosa en que él mismo tendrá que convenir. Pero, ya que tal es tu gusto, ¡oh Baco! acepto el desafio.

BACO. Que se traiga incienso, fuego y un altar. Voy á invocar á los dioses, con objeto de que no me falte la sagacidad necesaria para pronunciar el fallo decisivo en tan importante disputa poética. Vosotros, entretanto, entonad algun cántico á las Musas.

CORO. Hijas de Júpiter, ¡oh Musas! que en número de nueve estáis encargadas de velar

(1) Es la acusacion que acostumbraba hacer Aristófanés á Eurípides. Este, para mover la compasion de los asistentes, solia representar en la escena personas miserables y aquejadas de alguna enfermedad corporal.

(2) Cuando amenazaba la tempestad, se sacrificaba una oveja negra.

(3) Principal personaje en una de las tragedias de Eurípides.